

ARGUMENTO

SOLÍAMOS reunirnos en uno de los cafés más céntricos de la capital. Entonces Mariano y yo, éramos inseparables.

Enamorados ambos del arte, comulgando en una misma escuela de principios estéticos, enemigos mortales de ciertas influencias del extranjero que el espíritu innovador utiliza despiadada é irrespetuosamente, solíamos conversar de largo, maldiciendo del *modernismo*, especie de pabellón con que tratan de cubrir su mercancía unos cuantos encenques de inspiración ó entendimiento.

La causticidad erizaba casi siempre nuestros paliques, de punzantes zarzas, y entre ellas quedábanse no pocos chirones de piel ajena; por eso, regocijado cierta noche mi interlocutor con nuestra charla, bautizó aquellos amistosos desahogos con una frase gráfica: *el tendadero*.

Tres noches llevaba Mariano faltando á la lista; tres noches que pasé yo mohíno, más preocupado con la idea de una enfermedad que con la de aventuras á las que siempre se mostró mi contertulio muy poco solícito.

Me equivoqué de medio á medio. Cuando, transcurrido aquel plazo, volvimos á hablarnos, Mariano me pareció otro hombre.

—He encontrado á una antigua amiga, — me dijo, — á la mujer por quien he hecho más locuras en este mundo. Está cambiada ¡chico, lo incomprendible!

Y me refirió una historia de su primera juventud, de cuando era estudiante universitario, historia que, á pesar de caldearla con todo el fuego de su vigorosa imaginación, encontré vulgar hasta dejárselo sobrado.

Eso sí; no faltaban en ella incidentes ni notas de color: días de holgura estrepitosos como el taponazo de una botella de *champagne*, y dorados como ese vino de los faustos; días de escasez, fríos como las cenizas del hogar de la miseria, y negros como el ala del cuervo, el ave que más se presta al símil cuando no se tiene una pseta en el bolsillo.

Era todo un idilio, con estrofas, inspiradas las unas en el cuartito de Fornos donde tan succulentamente se sazonan unos ratos de amor, con la ayuda de un buen *menú*; vividas las otras en un sotabanco, entre un empacho de reflexiones y un puchero de patatas. Total, *cero*. Quien más, quien menos, cuando llega á tener treinta años, cuenta en el *carpet* de su memoria con apuntes parecidos.

—No me interesa tu perorata, — dije á mi amigo.

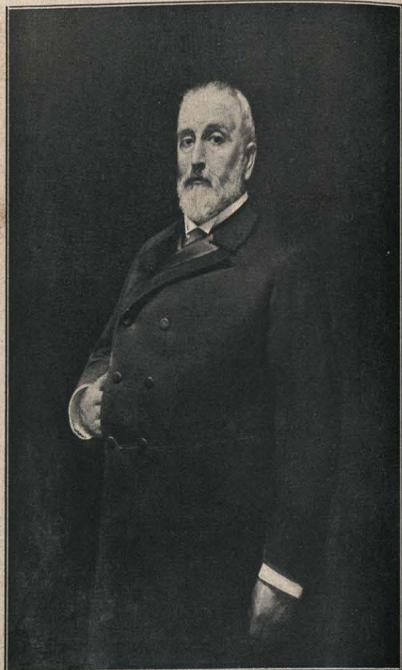
Hizo un mohín y calló. Había creído descubrirme una nueva *Safo* y sugestioarme para una semana con los resplandores de su vieja aventura, y mi espontánea declaración fué un jarro de agua fría.

Nos despedimos hasta el día siguiente, pero no volvimos á vernos en un mes.

Para mí la cosa era clara: hay mujeres que se parecen á esas barajas de *baccarat* que agotan á un banquero, y luego á otro y á otro, quienes sucesivamente van levantándose con la frase sacramental en los labios temblorosos: «hay una continuación».

Mariano, repuesto tal vez de una mala partida, por entrometimiento del azar caprichoso, volvía á jugar con la misma «baraja». Y en el torbellino de agri-dulces recuerdos y de goces presentes, se olvidó de mí, del café y de nuestros escarceos literarios.

Como he dicho: fué luego de un mes cuando nos encontramos en el sitio de costumbre.



EXCMO. SR. D. MANUEL PLANAS Y CASALS.



GENERAL SANTOS, ex presidente del Uruguay.

—Si no me mortificases con tu chanza, te contaría algo muy curioso.

—¿Otro encuentro? Vas resultándome un Mañana malogrado.

—No, no; se trata «de la misma».

—¡Ah, vamos! «la de la continuación». ¿Habrás vuelto á quedarte sin un céntimo, por supuesto?

—Y ¿qué importa? Te he oído mil veces decir que, admitido, como dicen por ahí, que la vida sea una biblioteca, la mujer es el mejor libro, ó al menos tu libro favorito.

—Bueno, habla; escucho pacientemente.

—Cristina (hasta ahora no sabías su nombre) me ha resultado mujer de un literato, joven fecundo, que comienza actualmente á invadir el mercado editorial con sus novelas y espera ser pronto autor aplaudido. Gerardo tiene puesta su fe, su entusiasmo y su temperamento de artista en un drama; ve abrirse los horizontes del éxito después de ruda y larga peregrinación por el páramo angustioso del anónimo. En sus vigiliadas, en las noches tristes de labor obscura, cuando el cansancio le rendía, Gerardo se arrastraba hasta su lecho, donde su compañera le esperaba. Ella me lo ha confesado con criminal ironía: en esas horas horribles el escritor buscaba más un beso de paz que un regazo amoroso. Así se lo dijo siempre, mientras, febril aún, le refería tartamudeando de emoción, con los ojos encendidos, trozos enteros de su obra, de aquella obra con la que aspira á la inmortalidad.

Mi interlocutor hizo una pausa y, con vehemencia, continuó diciendo:

—Es, realmente, una creación. Cuando conocí su asunto me aluciné. Hice que Cristina me refiriese los menores detalles; cómo están dispuestas las escenas, cómo las situaciones escabrosas de lo que encarna un verdadero problema social. ¡Es maravilloso! Gerardo me parece desde entonces un hombre superior, un soberano cerebro, un elegido de la fama. Y le envidio, le envidio tanto, que tuve especial cuidado en ocultárselo á su mujer. Esta, sagaz, no dejó de advertir en mí los síntomas de una admiración irresistible. Y un día me hizo, de sopetón, esta pregunta:

—¿Qué te parece mi marido?

El trance era amargo. Me limité á contestar:

—¡Le odio!

—¡Le odias! ¿Y por qué, si mi cariño es tuyo?

No pude contenerme y exclamé:

—¡Porque es más listo que yo!

En aquel instante sentí arremolinarse en mi alma un mar de vanidades; desfiló por mi mente la lucha de diez años estériles, pugnando por estrenar una obra (pecado que ahora te confieso) llamada á desaparecer inédita, tras grandes épocas de «observación» en ese antipático lazareto que se llama contaduría de teatro. ¿Y sabes qué venganza me ocurrió? Robarle á Gerardo la idea, asimilarme su energía creadora, nutrirme de la savia de su pensamiento...

—¡Eso es monstruoso!...

—No te alarmes. Fué un relámpago; aunque lo pretendiera sería inútil; no quiero más que olvidar; olvidarme de Gerardo, de su drama, sobre todo de Cristina... Te haré la última confesión: argumento por argumento, con la circunstancia de que éste que yo te brindo tiene su moraleja: Cristina está persuadida de mi inferioridad y me desprecia. Creo firmemente en su redención: «la he enseñado á amar á su marido».

ANGEL ALCALDE



UNA CALLE EN SAN JULIÁN DE VILATORRA

54

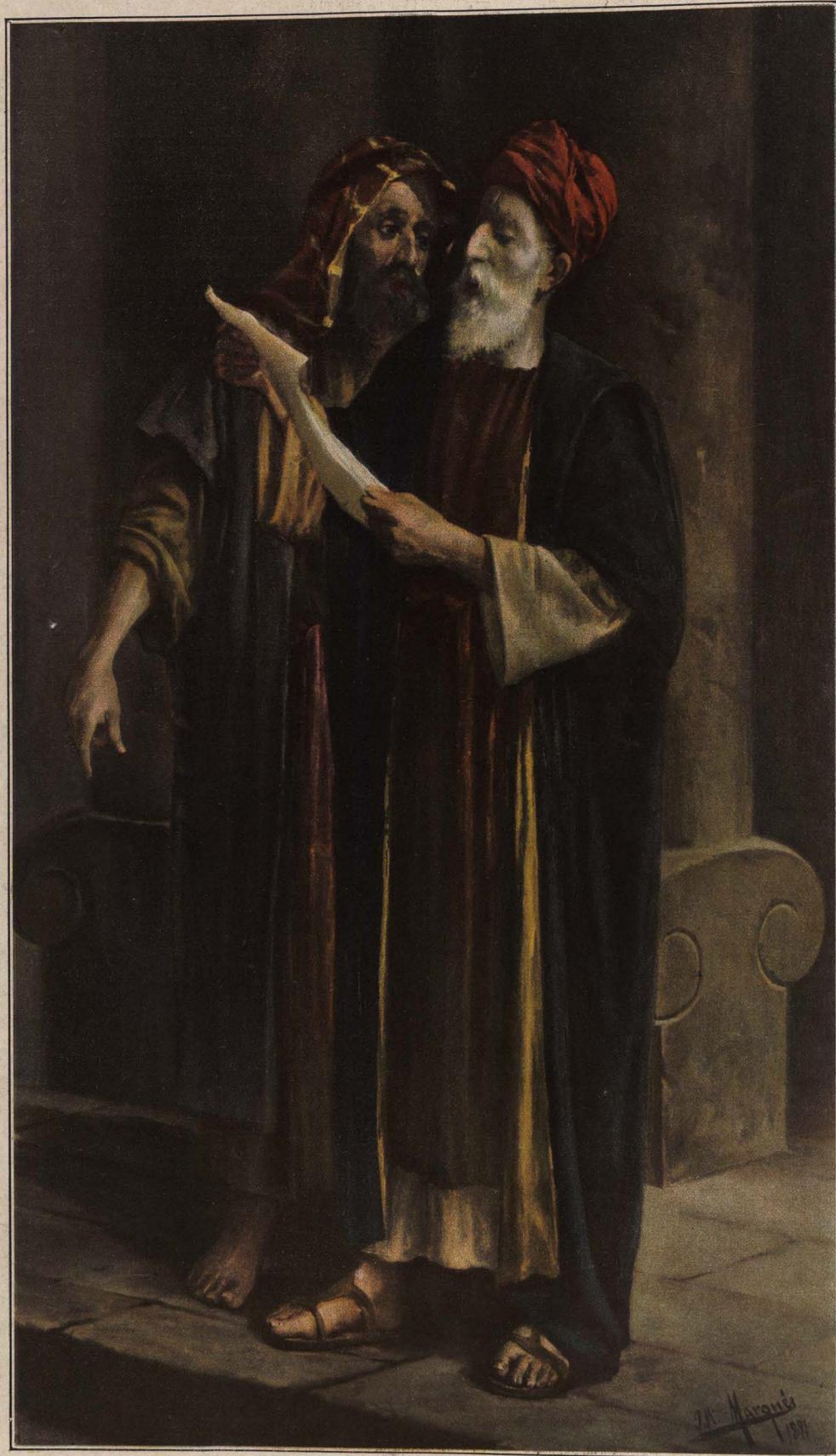
Cuadros de MARQUÉS.



LAS PINTORAS

55

Cuadros de MARQUÉS.



HEBREOS

MARIA GIUDICE

MARIA Giudice es casi paisana nuestra; nacida en el mediodía de Portugal, pudiera pasar muy bien por una hija legítima de los barrios de Triana ó la Macarena. Morena, de rostro expresivo, encuadrado por el marco de una cabellera negrísima y luciente como el ébano, de grandes ojos rasgados, de mirar profundo, á cuyas pupilas se asoma un alma cándida y buena; María Giudice es como mujer, un encanto y como artista, una maravilla.

Espíritu ardiente y generoso, capaz de los mayores sacrificios por hacer el bien, su actitud con el tenor señor Utor, le ha conquistado las simpatías de las almas buenas que han podido admirar en ella la bondad sin límites de una artista que sacrificaba á la revelación de un compañero desconocido, lo que ellos suelen tener en más estima; el amor propio.

A la edad de nueve años, entró María en el «Real Conservatorio de

Lisboa», donde continuó sus estudios hasta los diez y nueve, obteniendo los primeros premios de solfeo elemental, superior y composición, teniendo derecho, por estos excepcionales méritos, á desempeñar una cátedra en aquel centro docente.

Debutó de medio soprano en el teatro de «San Carlos de Lisboa», cantando en esta tesitura hasta hace pocos años.

Pensionada por el Gobierno de su país, perfeccionó los estudios musicales en Milán, bajo la dirección de la célebre maestra señora Isabel Galetti, siendo tan rápidos sus progresos, que á los tres meses debutó en Padua con la *Adalgisa de Norma*, obteniendo el beneplácito del público y pasando muy luego á Rusia donde cantó, primero en el teatro Municipal de Odessa y después en el de Moscou, haciendo la *Car-men* en compañía de Tamagno, con un éxito estruendoso.

Conocida ventajosamente de las empresas y obteniendo un favor



creciente de los públicos, la señora Giudice recorrió de triunfo en triunfo los principales teatros de Italia, acabando de conquistar el derecho á la celebridad en las temporadas en que, cantando en los teatros de «San Carlos de Lisboa» y «Real de Madrid», logró el *execuatur* de aquellos públicos, los más inteligentes y descontentadizos de Europa. En el «Real» substituyó á la célebre Pasqua.

Artista de excepcionales condiciones, la extensión de su voz alcanza desde el *la* bajo al *do* sostenido, pudiendo, gracias á esta maravillosa flexibilidad de su garganta, dominar en absoluto todo el vasto repertorio de medio soprano.

En la América del Sur sus triunfos han sido tan grandes y merecidos como los que constantemente logra entre nosotros.

Recientes sus campañas en el «Gran Teatro del Liceo», cuantos en Barcelona son amantes del *bel canto*, han aprovechado la ocasión de escucharla y aplaudirla. Debutó con *La Walkyria* y, á pesar de que en el recuerdo de todos estaba la magistral interpretación que al papel de *Brunilda* diése madame Adiny, logró obtener un triunfo inmenso y que, rindiéndose el público á sus grandes talentos, la proclamase como la más feliz intérprete de aquella difícilísima parte.

En «Novedades», el triunfo de la señora Giudice con *L'Africana*, fué aún más halagüeño, si cabe, que el obtenido en el «Liceo». El público, entusiasmado desde el principio, no cesó de ovacionarla, llegando á expresiones de loco entusiasmo en la romanza del quinto acto que la gran artista dice de un modo incomparable.

En plena juventud, gozando de las delicias de una fama universal y de los prestigios y adoraciones que envuelven á las mujeres hermosas en una nube de perfumes, de alabanzas, de cosas gratas, brillantes, suaves, de cosas halagadoras á los sentidos y al espíritu; María Giudice ha conservado en medio de esa atmósfera enervadora todas las energías de su gran corazón, abierto siempre á los ajenos infortunios, dispuesto siempre á la misericordia y á la piedad. Por eso, los biógrafos de la Giudice jamás podremos describirla justamente y tal como es en una realidad que semeja un imposible humanizado.

La señora Giudice no sólo es una gran artista y una mujer encantadora. Es algo así como una bella sombra de hermosura y de bondad que pasa cantando.

D. SIMÓ